

BALADA DEL HOMBRE DE TENNESSE

Conocí a mi padre una soleada tarde del mes de mayo. Recuerdo que jugaba con alguien, en la Plaza del Torico, o puede ser que no jugara con ningún otro chico, porque yo de aquella época era un poco despegado, un poco como mi padre, aunque entonces no lo supiera. Es lo mismo.

Recuerdo que esa tarde acompañé a mi madre hasta la Plaza porque ella aborrecía más que nada estar sola, en eso no se parecía ni a mi padre ni a mí, y cuando pasaba más tiempo del debido sin darle la chapa a alguien, rápido se ponía de muy mala leche.

Aquel día perfumado de brisa primaveral cantaban los pájaros, o los patos, gorjeaban las palomas, un niño patizambo intentaba domar un monopatín naranja butano, a una señora muy gorda le robaron el bolso y, cuando intentó salir tras el ladrón, tropezó y se dio de bruces contra el suelo, lo sé porque nadie la ayudó, ni ganas que había, porque brillaba un sol cálido y gelatinoso y mi madre paseaba orgullosa del brazo de un hombre de tupida perilla y pelo largo y canoso peinado hacia atrás que hacía sonar a cada paso el tacón de sus botas de chúpame la punta.

- Lucas- presentó mi madre-. Este señor es tu padre.
- Encantado-respondí, ofreciendo mi mano.
- *Country boy, aint got no blues*- replicó él.
- Me gustan tus botas- apunté.
- *Country boy, aint got no shoes*-musitó con voz lánguida y ronca mientras arrojaba una colilla de Marlboro al suelo utilizando sólo dos dedos de la mano derecha.

Desde aquel día tuve conciencia de tener padre. Un asunto que, si he de reconocerlo, no me había preocupado en absoluto. Cada vez que en el Colegio alguien me preguntaba por mi padre yo solía encogerme de hombros.

- ¡Lucas no tiene padre!- proclamaba asombrado algún cretino.

A lo que yo respondía soltándole un buen bofetón, porque no tenía ganas de discutir ni andarme por las ramas, me la soplaban bastante eso de explicar que yo no quería padre ni nada por el estilo, era un solitario de pocas palabras y en eso, pronto se verá claro, me parecía también a mi padre.

Al día siguiente de nuestro encuentro mi padre aparcó su pequeña caravana con matrícula de Tennessee y se instaló en el barrio para ser la comidilla de todos los vecinos. Aquel desvencijado vehículo de ventanucos velados por cortinillas de color amarillo y verde lucía en sus costados una gigantesca bandera de los Estados Confederados de América. Yo no sabía que mi padre venía de tan lejos así que hube de preguntar:

- Mamá, ¿cómo se llama papá?

- Paco- respondió.

- ¿Paco qué más?

- Paco Pérez Alcobendas, hijo, para que no te falten datos, que has salido preguntón.

- ¿Y viene de los Estados Confederados de América?

- ¡Ay, hijo, qué pesao te pones! Paco es de Valladolid, pero, ¿por qué no se lo preguntas a él?

Un consejo razonable a todas luces pero, si bien hay que recalcar que mi padre, aunque hubiera vuelto al redil y nos quisiese a mí y a mi madre con el amor con que se quiere a una familia, seguía viviendo en su caravana y solamente subía a nuestro piso para comer y pedir dinero.

Cuando me asaltó la curiosidad de hablar con él más en serio, compartir intimidades y secretos, saber de sus andanzas por el cortijo del tío Sam, preguntarle por su cómic

preferido cuando era niño o algo de ese estilo, golpeaba la puerta del destartado vehículo y, entonces, de guindas a brevas, se dignaba a abrirme y rezongaba con voz aguardentosa:

- *One of these days and it wont be long, Im gonna join the family circle at the throne.*

No tardé mucho tiempo en averiguar que mi padre era músico. Debía haber sacado conclusiones por mí mismo cuando todos los viernes subía a nuestra casa cargando con la guitarra y pasaba las horas muertas abrazado a ella, viendo la televisión, fumando un Marlboro tras otro, y despachando sin aliento chupitos de Four Roses. Cuando mi madre regresaba a las tantas, fatigada de servir mesas en el restaurante pero siempre de buen humor, se subía a sus rodillas y lo abrazaba.

- Tu papá es un artista. Va a componer una canción para nosotros.

A lo que él respondía algo así como:

- *Yes, baby, my rose of Alabama.*

Pero, si bien nunca se separaba del artilugio, jamás le oí rasgar ni una de sus cuerdas, mucho menos canturrear una estrofa. Apuraba pelotazo tras pelotazo hasta que se quedaba traspuesto para, súbitamente, sin avisar, incorporarse pesadamente directo a desvalijar la nevera, acuciado por un hambre atroz. Luego te observaba con ojos diminutos y brillantes, se atusaba la barba blanqueada, encendía un pitillo y chasqueaba la lengua. Su aliento alcohólico hablaba en boca del cantante buscavidas: la vida de un artista suponía un tormentoso duermevela en espera de las musas.

En el Colegio le cogí gusto a eso de tener padre. Una vez compuse una redacción para la clase de Lengua que se titulaba “El Hombre de Tennessee” y todo quisqui se partió las manos a aplaudir. En ella se describía a un cantante vagabundo y talentoso que despreciaba la fama y recorría los Estados Confederados de la Unión tocando su guitarra por donde Cristo perdió la boina. Sólo le pedía a Dios gasolina para su anticuado trasto y un hermoso e interminable cielo estrellado bajo el que dormir. Fumaba como un cosaco y sus mejores

amigos eran una botella de bourbon y una guitarra llamada Rose of Alabama, de la que no se separaba jamás.

Algún cenutrio sugirió que era una trola que me había inventado, que yo no tenía padre ni en Valladolid, así que tuve que convencer al viejo para que me llevara al Colegio.

Recuerdo que subimos a la caravana e hizo un ruido muy raro al arrancar, un rumor largo y anciano como su voz, para después expulsar una tolvanera de humo negro que cegó toda la calle. Mi padre se carcajeó y le dio un largo trago a una petaca plateada que guardaba en la guantera.

- *Daddy sang bass, mammy sang tenor, my sick boy.*

Al ritmo de su música country llegamos al Colegio y se formó un buen barullo a nuestro alrededor. Todos mis compañeros acariciaban el escudo estampado de los Estados de la Unión como botarates y querían conocer a mi padre. Este, sonriendo de oreja a oreja, cargó con la guitarra al estilo de las estrellas del rock y, seguido por una tropa de exaltados chiquillos, entró en el edificio y se presentó a mi profesora de Lengua.

- *Beautiful rose of Alabama- galanteó.*

Luego aposentó sus pantalones gastados sobre la mesa, extrajo uno de sus cigarrillos y, descolgando ceremoniosamente la guitarra, pareció que iba a ponerse a tocar. Por el aula se propagó un silencio atroz, lleno de plomo y vida, también muerte y rosas cenicientas espolvoreadas por el viento de Tennessee. A mí se me hizo un nudo en el estómago y me desbordó la emoción. Pensé que si desgarraba alguna de esas cuerdas y se lanzaba a cantar una hermosa balada sureña me echaría a llorar sin remedio.

Pero nada de eso ocurrió. Cuando por fin iba a sonar la música, Tolín, el tonto de la clase, estornudó estrepitosamente, mandando al carajo la magia, porque era un cretino alérgico a la primavera y a todas sus bonitas flores. El viejo cantante se detuvo en seco, nos escrutó desde su luz diminuta y azulencia, se sorbió los mocos, fingió un ataque de tos y, sin despedirse de nadie, abandonó el escenario rezongando alguna chorrada en dialecto tejano.

Dos meses después mi padre se largó buscando mejores pastos. Así, sin avisar. Sólo dejó una botella de Four Roses vacía sobre la mesita del salón y una huella carbonizada en el asfalto de nuestra calle. El mal humor regresó a nuestra familia y volvimos a dar

largos paseos desde la Torre El Salvador hasta la estación de autobuses, fuera invierno o verano.

Años más tarde, por motivos de trabajo, hube de visitar Valladolid varias veces. En una de ellas vi la caravana de los Estados Confederados de América aparcada en un barrio junto al río. Tuve la intención de acercarme y saludarle, pero un mocoso cruzó la calle y se me adelantó.

- ¿Conoces al hombre de la caravana? - pregunté.
- Sí, es mi papá- respondió tajante, abriendo mucho los ojos.

A lo que no contesté dando media vuelta, porque, en esa época yo ya era hombre de pocas palabras, un solitario que interpretaba la música de su propia vida y, además, de todos era ya sabido, me parecía a mi padre.

====000000====